

estaba en 325, y para ello no había sino que contar como día 21 el que en el calendario se notaba por el 11. Respecto de lo venidero, se procedió así. Pues que la precesion de los equinoccios venia de los once minutos de exceso que se acumulaban cada año, debía de resultar un error de *un día* cada ciento treinta y cuatro años; y así cuatrocientos dos años bastaban para introducir un error de tres días: y en su consecuencia se decidió que en adelante se suprimirían estos tres días á cada cuatrocientos años. Si no se tomaron en cuenta los dos años de mas, fué porque no podrían errar en *un día* sino despues de veintiseis mil y ochocientos años. En rigor, es un defecto del nuevo calendario, pero muy fácil de remediarlo si se llega á ver esta tan larga revolucion de siglos. Cuando se resolvió la supresion de los tres días por cada cuatrocientos años, quedaba por saber en qué años se ejecutaria: y se convino en que tuviese lugar en los tres primeros años *seculares* de cada cuatrocientos años. Por eso, estos años, que debieron ser *bisextiles*, no serán sino *comunes*. El año 1700 es el primero que experimentó esta reduccion: en seguida el 1800; igual suerte tendrá el año 1900; pero el 2000 será *bisextil*. Desde el año 1582 hasta 1700 el antiguo calendario no se retrasaba sino en diez días sobre el nuevo. La supresion de un día en 1700 llevó la diferencia por todo el décimotavo siglo de once días, y la del año 1800 á doce días. Se llama *estilo antiguo* á la manera de contar los días antes de Gregorio XIII; y despues de la introduccion de la de este papa se llama *estilo nuevo*. Los Estados católicos lo adoptaron casi tan pronto como se usó en Roma: las naciones protestantes difirieron mas ó menos tiempo recibir este beneficio hecho á la sociedad, porque venia de un papa. Sin embargo lo aceptaron todas, aunque la Inglaterra solo en el último siglo. Sola la Rusia es el país de Europa que aun se obstina en guardar el *estilo antiguo*.

6. Gregorio XIII tuvo que llevar tambien á cabo una obra intimamente conexionada con el calendario, y era la publicacion del Martirologio romano. Habia sido impreso ya muchas veces en Italia; pero necesitaba de revision. Quedó encargado

de este trabajo el ilustre cardenal Baronio, y se publicó nueva edicion por autoridad de Gregorio XIII. El breve de su promulgacion, del 14 de febrero de 1584, impone obligacion á todos los patriarcas, arzobispos, obispos, abades y superiores de las iglesias, de conformarse con él en el oficio del coro. En cuanto á los santos de que se acostumbra á celebrar fiesta en ciertas localidades, no se insertarán en el cuerpo comun del Martirologio; sino que se inscribirán en cuaderno aparte para colocarlos despues segun el órden inscrito. Este fué el último acto del pontificado de Gregorio XIII, que murió el 7 de abril de 1585 despues de un reinado de doce años, empleado siempre á honra y gloria de Dios y exaltacion de su Iglesia.

§ II. PONTIFICADO DE SIXTO QUINTO (24 de abril de 1585-27 de agosto de 1590).

7. En tanto que el mundo moderno adoptaba casi generalmente el modo hereditario para la transmision del poder, la Iglesia sola llamaba, por la eleccion, á todas las clases de la sociedad. Despues de haber colocado á su frente hombres rodeados del prestigio del nacimiento y de las riquezas, no temia descender á los nombres mas oscuros y elevarlos al trono pontifical. Sixto Quinto, que sucedió á Gregorio XIII en 24 de abril de 1585, era de estos últimos. Descendia de una familia esclavona, refugiada en Italia desde las primeras invasiones de los Otomanos en la Iliria y Dalmacia. Su abuelo, Zanetto Peretti, establecido en Montalto, pasó por todas las privaciones y escaseces del destierro; y su padre se fugó de esta ciudad, huyendo de sus acreedores. Se retiró á Grotta-Mare, no lejos de Ferino; y allí vino al mundo un grande hombre que habia de llamarse Sixto Quinto. Se le dió como buen agüero el nombre de Félix. Sobrado pobre para aspirar á una educacion aun la mas ordinaria, el jóven Félix solo debió á su perseverancia el saber leer y escribir. Guardaba los cerdos de su padre, y en las largas horas pasadas en el campo, él mismo se hizo maestro de sí propio. Esta circunstancia le hizo adoptar por un fraile franciscano, que tomó á pechos desarrollar los tesoros que se encer-

rabán en aquella naturaleza tan vigorosa. Entrado mas tarde en la órden de su bienhechor, se distinguió en la asamblea general de 1549 por conclusiones teológicas sostenidas con inmenso talento. Esta victoria le valió el apoyo del cardenal Pio di Carpi, protector de los Franciscanos. Desde entonces sus progresos fueron rápidos. San Pio V le nombró cardenal y le empleó en los mas importantes negocios. Despues de la muerte de este pontífice, Peretti, que habia tomado el nombre de Montalto (1), se retiró á una soledad, donde pasaba su vida ocupado exclusivamente en el estudio y en la meditacion. De allí fué donde la Providencia le sacó para gobernar al mundo.

8. El nuevo papa tenia en el mayor grado los dones necesarios para el mando. Su carácter firme y resuelto no conocia obstáculos, ni sabia doblegarse ante ninguna necesidad. Su historia está llena de rasgos que prueban su inflexible severidad. Por lo demás, los novelistas se han apoderado del glorioso nombre de Sixto Quinto, y han hecho de él un personaje casi fabuloso, atribuyéndole anécdotas inverosímiles. El principal autor de estas fábulas es el escritor satírico Gregorio Leti, nacido en Milan en 1630, que se hizo calvinista en Ginebra, y llevando desarreglada vida quiso crearse un recurso de subsistencia con sus novelas y poesías satíricas. Por este motivo escribió su *Vida de Sixto Quinto*, de la que decia que *una ficcion bien contada tenia siempre para los lectores mas atractivos que la verdad desnuda*. [La historia busca fundamentos sólidos, no fábulas.]

9. Cuando se habló á Sixto Quinto de echar dinero al pueblo segun costumbre en la ceremonia de su promocion, respondió: « Este uso causa siempre desgracias: los mas robustos son » los que lo cogen, no los mas necesitados: » é hizo distribuir las sumas establecidas por domicilio y en los hospitales. Muy pronto vió Roma que estaba gobernada por un brazo vigoroso. Desde mucho tiempo habia se hallaba turbada la segu-

(1) Hay que advertir que en muchos conventos de la órden de San Francisco, y en toda la Reforma de san Pedro Alcántara, los religiosos franciscanos dejan el apellido de familia, y toman el del lugar de su nacimiento. (El Traductor.)

ridad pública en el Estado eclesiástico por una turba de bandidos, restos de las guerras entre Güelfos y Gibelinos. Para reprimir su atrevimiento ya habia distribuido Gregorio XIII numerosas tropas en la campaña romana. Sixto Quinto licenció todas aquellas tropas, y aun disminuyó la mitad de los empleados de justicia. Pero anunció que no se otorgaria gracia ninguna bajo su reinado á quien fuere reo contra las personas ó contra sus bienes. Se ejecutaron inmediatamente las primeras sentencias que hubo, y el terror que inspiró la inexorable justicia del pontífice puso término á los robos y asesinatos. Aprovechóse Sixto Quinto de la tranquilidad pública para despertar la actividad é industria de los Romanos. « Quiso glorificar y perpetuar la memoria de su pontificado; y con este noble objeto » robusteció las reglas concernientes al sacro colegio de cardenales para destruir los abusos del nepotismo: aumentó la » biblioteca Vaticana, salvó las magníficas obras del arte antiguo de las ruinas que las escondian; mandó hacer una nueva » edicion de los Sesenta y la correccion de la Vulgata prometida en el concilio Tridentino; reorganizó la administracion » pública, instituyendo en 1588 quince congregaciones encargadas de todos los negocios; volvió á levantar el grande » obelisco que Calígula habia hecho transportar del Egipto á » Italia; y trajó abundantes aguas á la ciudad por el soberbio » acueducto sobre el monte Quirinal (1). »

10. Para dar abasto á tantos negocios se valió de las congregaciones de cardenales para su administracion: y si no las fundó, les dió tal acrecentamiento que fueron en realidad obra suya. « Ya encontró instituidas, dice Ranke, las siete congregaciones mas importantes: por la inquisicion, el Índice, el » concilio, los obispos, las órdenes regulares, la *Segnatura* y » la *Consulta*. No podian quedar extrañas á la administracion » del Estado estas congregaciones: las dos últimas estaban ya » consagradas á la administracion de justicia. Pero Sixto Quinto » resolvió crear ocho mas, dos de las cuales, solamente, esta-

(1) Alzog, tom. III, pág. 213.

» han destinadas á los intereses generales de la Iglesia. La una  
 » tenia que ocuparse de la ereccion de nuevos obispados; la  
 » otra del mantenimiento y renovacion de los ritos de la Iglesia.  
 » Las otras seis estaban destinadas para los negocios del Estado:  
 » la *Annona*, construccion de caminos, abolicion de tributos opre-  
 » sivos, construccion de buques de guerra, imprenta del Vati-  
 » cano, Universidad de Roma. Sobre todo queria dar una alta  
 » idea de los cardenales. Sean, decia, hombres distinguidos y  
 » de costumbres ejemplares. Sus palabras han de ser oráculos;  
 » sus máximas, regla de vida para todos. Que se muestren  
 » *enfin como sal de la tierra, y luz del candelabro.* » Fijó su  
 » número á setenta, á imitacion de los setenta varones que esco-  
 » gió Moisés como consejo permanente de los Hebreos. » Con  
 direccion tan enérgica la corte romana tomó muy pronto un  
 aspecto serio y pujante que concordaba con la autoridad del  
 pontífice. El cardenal Galiano de Lomo empleó sus riquezas  
 en piadosas fundaciones; el sabio Rusti se hizo notar por su  
 irreprochable circunspeccion; Sirlet, por su ciencia: Federico  
 Borromeo, primo y sucesor de san Carlos en 1584, andaba por  
 las huellas de su santo pariente, é hizo maravillas de caridad  
 en la gran peste de Milan. Por fin Madruzzi, Valeri, Santano,  
 célebres por diversos títulos, ensalzaban la púrpura romana.

11. A medida que el espíritu cristiano se reanimaba en las  
 puras fuentes de la ortodoxia, la reforma luterana y calvinista  
 continuaba haciendo estragos en Alemania, los Países Bajos  
 y la Francia: Isabel reinada en Inglaterra. Esta imperiosa  
 reina sacaba motivos de odio contra el catolicismo en su amor  
 propio y en sus intereses políticos. En 1582 habia hecho de-  
 clarar reo de alta traicion á todo el que aconsejare á un habi-  
 tante de Inglaterra á dejar la religion del Estado por la de  
 Roma. Los Jesuitas habian establecido misiones en este reino  
 para combatir los progresos de la herejía: Isabel les dió quinze  
 dias de término para salirse de la isla. Los que no obedecieron  
 á esta orden tiránica, y hubo gran número, se vieron hechos  
 blanco de la mas cruel persecucion. Entretanto yacia diez y  
 ocho años hacia en los calabozos una desgraciada é inocente

víctima, esperando siempre la hora de la justicia, que no habia  
 de llegar para ella. La suerte de María Stuart habia interesado  
 á todos los reyes de Europa; pero su intervencion no sirvió  
 sino de acelerar su suplicio. Una comision de cuarenta y seis  
 miembros, escogidos entre los pares y consejeros de la corona,  
 condenó en 1586 á muerte á María Stuart. El parlamento con-  
 firmó la sentencia, y suplicó á Isabel hiciese proceder inme-  
 diatamente á su ejecucion. La reina de Escocia habia escrito á  
 Sixto Quinto una carta muy tierna, donde le declaraba su firme  
 voluntad de vivir y morir en la fe católica. El papa no habia  
 esperado este testimonio de suprema veneracion para intere-  
 sarse á favor de la desventurada reina de Escocia. Ya habia  
 redoblado sus instancias á Isabel en favor suyo. Es probable  
 que sus vivas solicitudes tuvieron por resultado suspender  
 la ejecucion capital, que solo fué el 18 de febrero de 1587.  
 Consumóse en fin el crimen; y sangre real mancillaba para  
 siempre jamás la memoria de Isabel. Sixto Quinto fulminó  
 contra la regicida una bula solemne de excomunion. Lanzaba  
 entredicho en Inglaterra, declarando á Isabel usurpadora, pri-  
 vada de todo poder, separada del seno de la Iglesia; mandando  
 á los Ingleses se uniesen con el ejército para destronarla, y  
 prometiendo favores espirituales á los que se asegurasen de su  
 persona y la entregasen á los católicos. Al mismo tiempo con-  
 cluyó una alianza con Felipe II, rey de España, y se compro-  
 metió á suministrarle para esta guerra poderosos subsidios.  
 Pero el resultado no correspondió con sus esperanzas. En vano  
 puso en pié inmensas fuerzas Felipe II. La *Armada invencible*,  
 aquella flota que habia de conquistar la Inglaterra, fué com-  
 pletamente desbaratada por una desencadenada borrasca aun  
 antes de llegar al punto de su expedicion.

12. Los negocios de Francia no habian mejorado con la  
 muerte de Carlos IX. Su sucesor Enrique III se habia casado  
 con Luisa de Vaudemont, prima del duque de Lorena: era  
 abrazar abiertamente el partido de los Guisas, esto es, el par-  
 tido católico. Pero este principe indolente y sensual perdía en  
 placeres frívolos un tiempo que hubiera debido emplear en el

gobierno tan difícil de sus Estados. Esta conducta indigna de un rey indispuso con él á todos los hombres honrados, y los descontentos políticos engrosaron las filas de los rebeldes calvinistas. El duque de Alenzon, hermano del monarca, se salió de la corte y se unió á Enrique de Navarra y al príncipe de Condé. Siguióse á esta desercion, una nueva guerra. El ejército católico mandado por el duque de Guisa, que en esta batalla adquirió su glorioso nombre de *Balafré* (1), atacó á los rebeldes en Chateau-Thierry. El éxito fué feliz para la buena causa; pero Catalina de Médicis, cuya política maquiavélica mandaba todavía, bajo el nombre de su hijo, creyó deber tratar con los calvinistas, y el edicto de Blois les otorgó la libertad de conciencia, fortalezas de seguridad y entrada en el parlamento. Estas concesiones llenaron de justa indignacion á los católicos, que formaron una asociacion nacional para mantener la antigua fe de la monarquía. Tal fué el origen de la *Liga*, que se llamó *Union santa*. Los socios juraron defender la fe de sus mayores, volver á reponer las provincias en los mismos derechos, franquicias y libertades que tenian en tiempo de Clodoveo, proceder contra los que persiguieran la *Union santa*, sin acepcion de personas; y en fin tributar pronta y fiel obediencia al jefe ó caudillo que fuere nombrado. Si Enrique III se hubiera penetrado bien del valor de su título de *rey cristianísimo*, hubiera debido querer ser el solo jefe de la Liga; pero se cuidaba muy poco de todo este movimiento, y Enrique el *Balafré* recibió de los confederados esta mision, que le hacia en Francia mucho mas poderoso que el mismo monarca. Sixto Quinto prometió su apoyo á los coligados, y Felipe II se declaró abiertamente su protector. Pero entretanto murió en 1584 el duque de Alenzon; y este acontecimiento dejaba la sucesion á la corona llena de incertidumbres y peligros, porque no tenia hijos Enrique III. Con este acontecimiento Enrique de Navarra era su mas próximo heredero; pero segun

(1) *Balafré* quiere decir el *acuchillador*; como si dijéramos el valiente, el valeroso, etc. (El Traductor.)

la antigua constitucion de la monarquía francesa, el trono no podia ser ocupado por un príncipe hereje. Se vió entonces el triste espectáculo de una guerra emprendida por una herencia cuya sucesion aun no estaba abierta. Enrique de Guisa y su hermano el cardenal declararon que se opondrian con todo su poder á la ascension de un huguenote al poder supremo en el reino cristianísimo. El papa sancionó esta resolucion excomulgando á Enrique de Navarra. Se ha vituperado en cierta escuela la política de Sixto Quinto. Como soberano pontífice, el papa tenia que mantener en los reinos cristianos la fe de que era depositario. Ahora bien, ¿qué hubiera sido de la fe católica en Francia, si Enrique IV hubiese hecho subir al trono el calvinismo? La *Liga*, en el pensamiento general que la inspiró, fué una asociacion preservadora para la monarquía, y los papas debieron aprobarla. Confesamos que muy pronto se mezclaron en esta gran combinacion intrigas políticas, ambiciones personales, motivos poco en armonía con un pueblo que se batia, con las armas en la mano, por sus antiguas creencias. Esta fué la vez primera en que el principio monárquico se hallaba en oposicion con el principio religioso en el reino de Francia. De hecho, esta ruptura era ya un escándalo. Sin embargo, Enrique IV, á quien se trataba de alejar del trono, debia de ser uno de los mayores reyes de la monarquía. Pero para eterno lauro de la Liga es necesario confesar que su inmensa influencia moral obligó á este príncipe á penetrarse vivamente de que era menester ser católico para ceñirse con la corona de san Luis. Sixto Quinto, á pesar de combatir las pretensiones de Enrique IV, tributaba homenaje á sus brillantes cualidades. Los hombres grandes se adivinan y se penetran. Si hubiera vivido bastante para ser testigo de la conversion de Enrique IV, Sixto Quinto hubiera llegado al colmo de sus deseos; mas no le estaba reservada esta dicha.

13. Pero dejando esto á un lado, la guerra llamada de los *Tres Enriques* (Enrique III, Enrique de Navarra, Enrique de Guisa) comenzó en 1586. La Liga acababa de organizarse en París bajo el nombre de *Liga de los Diez y seis*, por haberse formado

un consejo compuesto de un miembro por cada uno de los diez y seis barrios de la capital, para defensa de los intereses religiosos. Los ejércitos católico y calvinista tuvieron sucesos diversos. Vencedores en Coutras, donde Enrique IV triunfó de fuerzas superiores, los huguenotes fueron rechazados del Loira por Enrique III, y derrotados en Vimori y en Auneau por el duque de Guisa en 1586. La popularidad de este último aumentaba colosalmente. Todos hablaban de su actividad, celo, vigilancia, y hacíanlas contrastar con la indolencia de que solo salía Enrique III raras veces. Los partidos nunca saben detenerse en la senda de la moderación. Los *Diez y seis* hacían sostener en plena Sorbona conclusiones públicas en que se enseñaba que « se puede quitar el gobierno á príncipes indignos, así como la administración al tutor sospechoso. » La población parisiense tributaba al duque los honores del triunfo: se le lisonjaba con los títulos enfáticos de *Destructor de los Alemanes*, *Azote de la herejía*, *Macabeo de Francia*, *Justo que habia de confundir la corte de Herodes*. En vista de semejantes demostraciones el rey creyó deber ausentarse de París, donde el duque de Guisa desplegó desde entonces un poder soberano. Muy pronto sucedió á estos acontecimientos una reacción violenta. Enrique III hizo asesinar al duque y á su hermano el cardenal de Guisa. Esta noticia conmovió vivamente á Sixto Quinto. El asesinato de un príncipe de la Iglesia, mandado cometer por un rey de Francia, sin juicio anticipado de la curia romana, era un hecho inaudito: y el papa manifestó su horror en pleno consistorio. « Un cardenal, decía, ha sido asesinado, sin sumaria, sin proceso, como si no hubiera papa en el mundo, como si no hubiera un Dios! » No se contentó con quejas: citó al rey mismo á Roma, y le amenazó con excomunión si no se justificaba de su conducta. « Nos vemos obligados, decía, á obrar así, porque de otro modo Dios nos pediría cuenta de nuestra conducta, como al papa mas inútil. » Por lo demás, cumpliendo un deber sagrado, no tenemos por qué temer al mundo todo. No dudamos de que, si Enrique III persiste en sus malas resoluciones, Dios le reservará

» el castigo de Saul. » No tardó en realizarse esta prevision. El papa daba esta amonestación al rey en 23 de junio de 1589; y en el 1.º de agosto siguiente el fanático Jacobo Clement mató á puñaladas al rey Enrique III. Este crimen mudaba la faz de los negocios y aumentaba sus complicaciones. El nuncio apostólico se habia salido de Francia despues de la muerte del cardenal de Guisa. Sixto Quinto se apresuró á enviar á París al cardenal Gaetano (ó Cayetano) para penetrarse del estado real de la situación. Enrique IV habia tomado el título de rey: al frente de un ejército bravo y fiel pensaba en conquistar su reino. El viejo cardenal de Borbon habia sido investido por los *Coligados* del título de rey (1); pero nadie lo tomaba con seriedad. Los *Diez y seis*, dueños de París, acogieron al cardenal Gaetano con entusiasmo. El de Mayena, hermano del último duque y del cardenal de Guisa, asesinados, habia tomado el título de lugarteniente general del reino y hacia la guerra al Bearnés, que le ganó las brillantes victorias de Arques y de Yvry, donde se señaló Enrique IV tanto por su valor caballeresco como por su ingenio de gran capitán.

14. El advenimiento de Enrique IV al trono aumentaba aun mas las alarmas de Sixto Quinto: porque amenazaba triunfar en Francia el partido protestante. Para alejar dicho peligro, el papa hizo momentáneamente causa comun con la Liga y con Felipe II, rey de España. En esto, la república de Venecia á la noticia de la batalla de Arques envió acto de adhesión al gobierno de Enrique IV. Este paso afectó tanto á Sixto Quinto que no pudo menos de decir á los embajadores: « El rey de Navarra es un hereje excomulgado por la Santa Sede; sin embargo la república de Venecia acaba de reconocerle, con menosprecio de todas nuestras amonestaciones. ¿La República es acaso un Estado tan elevado sobre todos los príncipes de

(1) En una obra escrita por un autor español contemporáneo, vemos que ya en 1585, despues de haber rogado á Enrique de Navarra la reina Catalina de Médicis y su hijo para que se hiciese católico, en atención á ser heredero presuntivo de la corona, y habiéndose negado á ello Enrique, el parlamento de París le condenó y declaró incapaz de la corona y sucesión de Francia; y reconociendo al cardenal de Borbon, su tío, por verdadero sucesor de la corona. (El Traductor.)

» la tierra, que le toque dar ejemplo á los otros? Todavía hay  
 » un emperador. ¿Es que la República teme al rey de Navarra?  
 » Nosotros la defenderemos, si necesario fuere, con todos los  
 » esfuerzos: aun la podemos defender. ¿O bien la República  
 » pensará sobrepujarnos? En este caso, Dios mismo nos asis-  
 » tirá. » Esta incontrastable resolución de oponerse siempre á  
 la subida de un príncipe hereje al trono de Francia, fué muy  
 pronto conocida de Enrique IV. Ya vacilante en sus opinio-  
 nes calvinistas, comprendió el rey la necesidad de entrar defi-  
 nitivamente en el seno de la religión católica: y se puede  
 creer que la energía del papa no fué una de las menores ra-  
 zones que le determinaron á convertirse. Enrique IV se deci-  
 dió á enviar á Roma, en calidad de embajador, al duque de  
 Luxemburgo, con misión de comunicarse abiertamente con el  
 soberano pontífice sobre este particular. El conde-duque de  
 Olivares, embajador de España, al saber la llegada del nego-  
 ciador francés, se presentó inmediatamente en el Vaticano, y  
 suplicó á Sixto Quinto no admitiese al honor de una audiencia  
 al ministro de un príncipe huguenoté. « Si Vuestra Santidad  
 » pasa adelante, añadió, me veré obligado en nombre de mi  
 » amo á deponer mi protesta. — ¿Qué protesta? repuso el  
 » papa. ¿Qué protesta quereis hacer? Ofenderiais la majestad  
 » del rey, vuestro amo, cuya gran prudencia me es conocida.  
 » Retiraos. » Luxemburgo fué introducido: aseguró á Sixto  
 Quinto que el vencedor de Arques y de Yvry estaba pronto á  
 ponerse á los piés de Su Santidad para pedir su absolución y  
 entrar en el gremio de la Iglesia: « ¡Que venga! exclamó el  
 » papa. ¡Que venga! y yo le abrazaré, y yo le consolaré. » Se  
 ve que la política no entraba exclusivamente en las miras del  
 papa. Veía la posibilidad de convertir á Enrique IV, y en ese  
 supuesto ya tenía que hacer objeciones contra su advenimiento  
 al trono. Así es que cuando los embajadores de la Liga fueron  
 á quejarse á Sixto Quinto del favor que parecía otorgar al  
 Bearnés, respondió: « Mientras hemos creído que la Liga tra-  
 » bajaba por la religión, os hemos socorrido; pero ya estamos  
 » convencidos de que no obra sino por un motivo de ambi-

» cion y bajo de un pretexto falso. No esperéis de Nos protec-  
 » cion alguna. » El inmortal pontífice no fué testigo del acon-  
 tecimiento que ya preveía: pues murió el 27 de agosto de 1590,  
 despues de un reinado de cinco años. La historia le ha colo-  
 cado en el número de los mas grandes hombres que hayan go-  
 bernado al mundo.

§ III. PONTIFICADO DE URBANO VII (15 de setiembre-27 del mismo de 1590).

15. Elegido el 15 de setiembre de 1590, Urbano VII no  
 hizo sino pasar por el trono pontifical. Murió doce dias des-  
 pues, dando gracias á Dios de verse dispensado de dar cuenta  
 de un poder que no habia podido ejercer.

§ IV. PONTIFICADO DE GREGORIO XIV (5 de diciembre de 1590-15 de octubre de 1591).

16. El cardenal Nicolás Sfondrati, elegido papa en 5 de  
 diciembre de 1590, tomó el nombre de Gregorio XIV. Al oír  
 que su nombre salía de la urna del escrutinio, dijo á sus  
 compañeros que le saludaban con el nombre de *Santo Padre*:  
 « ¡Dios os lo perdone! ¿Pero qué habeis hecho? » Una humil-  
 dad tan verdadera anunciaba un pontífice virtuoso. Grego-  
 rio XIV, en un reinado de menos de un año, justificó las  
 esperanzas legítimas del mundo. Enrique IV, cuyos hechos de  
 armas eran de dia en dia mas brillantes, no se apresuraba á  
 cumplir la promesa que habia hecho á Sixto Quinto. Mas que  
 nunca podia temerse que el calvinismo triunfante no tomase  
 posesion de la Francia con el rey mas popular de todos;  
 porque era evidente que el ingenio y habilidad del Bearnés  
 acabarian por vencer todos los obstáculos. El papa no vaciló  
 en intervenir contra un príncipe hereje victorioso: entabló  
 pues nuevas negociaciones con los Diez y seis. « Vosotros  
 » habeis comenzado de una manera digna de elogios, les dijo.  
 » Perseverad pues y no os detengais hasta haber llegado al  
 » término de vuestra carrera. Con ayuda de Dios hemos re-  
 » suuelto socorremos: os enviaremos desde luego algun dinero;  
 » diputamos cerca de vosotros á nuestro nuncio Landriano,